

CAPITULO III.

DE LO QUE PASABA EL DIA 4 DE DICIEMBRE EN LA CIUDAD DE PUEBLA DE ZARAGOZA.

I.

Despertóse la novilísima ciudad de Zaragoza la mañana del 4 de Diciembre, último mes de ese año memorable de 1862, al son de los repiques, las dianas, las salvas de artillería y la detonación graneada de los cohetes que saludaban al día en que el Presidente de la República debía hacer el reparto de las medallas con que el Congreso de la Unión decoraba á los soldados de las Cumbres y de Mayo.

Desde la muerte del nunca olvidado general Zaragoza, el general González Ortega mandaba el ejército de Oriente, como el hombre más prominente en la revolución progresista.

González Ortega representaba la vida y el movimiento, así es que sus soldados siempre están alegres y dispuestos á romperse las cabezas con el que se les pone delante.

La animación más grande reina en sus campamentos, la fraternidad y el entusiasmo forman una atmósfera en la que se agita aquella pléyade ambulante, participando de esa vida las ciudades y pueblos por donde atraviesa.

Ortega da á su ejército una entonación romancesca, y donde va ese ejército, hay duelos amoríos y serenatas; porque la galantería no está reñida con el soldado, por el contrario, su existencia es una mezcla de gustos y de pesares.

El soldado sabe que está siempre en la víspera de su muerte y trata de divertir sus últimos instantes.

Los Generales de Don Carlos iban á la campaña con el rosario y la camándula; los soldados de Ortega, si llevaban algunas reliquias, eran cosechadas en las rejas de un locutorio y dadas por la monja más simpática ó la novicia más encantadora, y de manos más primorosas que un ramo de jazmines.

El espíritu del ejército abatido por la pesadumbre de ver muerto á su general, despertó de súbito, sacudió su frente, acarició sus banderas y volvió á ponerse en guardia ante el invasor que engrosaba día á día su ejército con el contingente europeo.

II.

Los habitantes de la capital, iguales á los de todo el mundo, reciben con entusiasmo el programa de una festividad y se aprestan á divertirse grandemente donde se les llama con una buena música y el espectáculo del bello sexo.

Los carruajes llegaban sin interrupción á la ciudad de Zaragoza, y carros y jinetes y gente á pié, inundaban las plazas y las calles, y se alojaban donde encontraban un lugar ocupado ó desocupado.

La mañana del día á que se refiere nuestra historia, la multitud acudía á los cerros de Loreto y Guadalupe á visitar los sitios del combate, y la historia se encontraba muy maltratada por la inventiva fecunda de los narradores.

Había alguno que al ver una calavera, decía al momento: —Esta es, sin duda alguna, de un zuavo.

Otro guardaba una rama, una piedra para su museo histórico, y todos deseaban alguna memoria de aquel sitio.

Había tanto testigo *presencial* que nada había visto, que los soldados se quedaban con la boca abierta al oír contar detalles de la jornada del 5 de Mayo.

Entre los grupos que acudían á Loreto, iba nuestro amigo el Sr. Torre-Mellada con su compañía de *retirados*, explicando el por qué los franceses habían sido derrotados cuando Zaragoza estaba perdido momentos antes de comenzar el combate.

—Si Laurencez, decía el inválido, en vez de atacar por el punto *h*, lo hace por el punto *z*, seguramente toma los cerros.

—Señor compañero, objetó un harapo del primer imperio, el lado *m* no es vulnerable en el polígono *fgh*, y si *r* se compara con *m*.....

—Ni *emes* ni *erres*, dijo un soldado, donde *pintaba* mi General Zaragoza nadie *borraba*, y es cuanto.

Enrojeciése el rostro del inválido, pero guardó silencio, temiendo que el soldado lo despabilara de un bayonetazo.

—Decía, continuó Torre-Mellada, que el ascenso de la montaña es muy difícil.

—Ya, dijo un compañero, y se aumenta la dificultad cuando lo reciben á uno á punta de lanza y rocío de metralla.

—Ya, ese es un pequeño espectáculo.

—No tan pequeño, volvió á decir el soldado, porque ese día llegaron hasta arriba y bajaron más aprisa que volando.

—Ya, pero era natural, los franceses no son de hierro.

—Y aunque lo fueran, ya tenían para haberse fundido con nuestras bal s.

—Ya, pero eso sucede en todas partes, esos hombres no son de todo punto invencibles, ni se empeñaban en salir triunfantes.

—Lo prueba la carrera que pegaron por estas mismas piedras.

—Ya, pero eso de correr es muy lógico, cuando no hay otro partido que tomar.

—Es que había otro, y hubiera tomado mi General Zaragoza el de morir matando.

—Ya, pero eso no es tan sencillo, porque eso de morir tiene sus puntos y sus comas.

—Eso sería el año de 28, señor mío.

—Ya, pero hoy ha variado la situación.

El inválido, que estaba trémulo de coraje con aquel diálogo, estalló al fin diciendo á su compañero.

—Si vuelve vd., á decir ya, le doy á vd. tan soberano muletazo que le parto el bautismo.

—De todo se molesta vd. parece que vengo tutoreado, según se impone con su infernal carácter.

—Como que estoy frío de oírle á vd. tanta barbaridad.

—Ya, el bárbaro será vd.

—¿Cómo es esto, señor tunantuelo?

—¿Como lo oye vd, señor brigadier!

Iba á emprenderse otra de zuavos y zacapoaxtlas, cuando los otros amigos se interpusieron y todo concluyó en satisfacciones y caravanas.

III.

En la plaza principal de la ciudad se colocó un templete adornado lujosamente con estandarte, laureles é inscripciones, y en el centro se puso una mesa con charolas de plata, donde estaban las condecoraciones.

La fecha histórica del 5 de Mayo estaba entre las columnas céntricas del templete, y el nombre de Zaragoza se encontraba en todos los lemas.

Desde las seis de la mañana, los cuerpos del ejército tomaron su colocación, y el pueblo aguardaba al primer magistrado de la nación que debía presidir la augusta ceremonia.

Los edificios públicos y multitud de casas se hallaban adornados con un gusto exquisito. Puebla se ponía sus vestidos de fiesta y se ostentaba en su hermosura deslumbradora, que la hacen célebre entre las ciudades más bellas del Nuevo Mundo.

Puebla es una ciudad de lujo: cortesana, es coqueta y encantadora, se atavía de perlas y brillantes, se ciñe de flores, y se satura de aromas y humedece su limpia frente con las aguas purísimas del Atoyac: anacoreta, las nubes del cielo se posan á sus plantas, una corona de estrellas ciñe su inmortal cabeza, y los serafines la dan sombra con sus alas de púrpura salpicadas con el rocío del cielo.

La Minerva indiana, tiene la armadura de arcángel, y una cascada de bucles cae bajo su gorro de acero, donde reverberan los ardientes rayos del sol.

De pié, sobre las cumbres de sus montañas, ha esperado á sus adversarios, y si ha caído alguna vez sobre la arena, ha arrancado un aplauso de su enemigo, porque al desplomarse, lo ha hecho en apostura digna y académica, como los gladiadores antiguos en el anfiteatro griego.

IV.

La artillería anunció que el presidente salía del palacio de gobierno en dirección á la plaza, donde se efectuaría la repartición de medallas.

El general Ortega, que hacía los honores, el gabinete, la comisión del congreso y multitud de personas distinguidas de la República, formaban el séquito de Juárez.

Tomó asiento el presidente después de saludar al ejército y al pueblo, que no cesaba de victorearle, y comenzó la ceremonia.

Las músicas y los clarines se apagaron instantáneamente, Juárez se levantó solemne y habló en nombre de la patria:

—¡Soldados, vengo á saludaros en nombre de la patria que tan gloriosamente habéis servido; vengo á felicitaros por la espléndida victoria que lograsteis contra los enemigos de la independencia nacional; vengo, en fin, á condecoraros con las insignias que la república os ofrece para premiar vuestro valor y vuestras grandes virtudes.

Disputando el paso al enemigo en las Cumbres de Acultzingo y defendiendo esta hermosa ciudad, habéis excitado la gratitud y la admiración del país entero, cuyo nombre habéis levantado á la vista de todas las naciones.

El 5 de Mayo érais pocos, y sin embargo, quebrantásteis la soberbia de tropas vencedoras en batallas de alta nombradía. Después han venido de toda nuestra tierra, millares de guerreros, dignos de vosotros, y unidos, alcanzaréis nuevos laureles y haréis inmortal al ejército de Oriente.

Soldados: llevad con noble orgullo sobre vuestros pechos valerosos las medallas que hoy recibís y que os recordarán á un tiempo vuestros ilustres hechos y la grande y buena patria que debéis salvar á todo trance.

Vencedores del 5 de Mayo, defensores todos de la independencia nacional, un enemigo injusto nos trae la guerra y avanza ya sobre nosotros, porque nos cree débiles y degradados; aprestaos al combate y probad al orgulloso invasor que México vive, que México no sucumbirá al capricho de ningún poderoso, porque defiende la causa de la justicia, de la civilización y de la humanidad, y porque cuenta con hijos leales y valientes como vosotros

Soldados de Zaragoza, vosotros no empañaréis la gloria que á sus órdenes alcanzásteis, tenéis su ejemplo que os alentará en el combate y tenéis al frente al vencedor de Silao y de Calpulálpam que os conducirá á la victoria.

Soldados: ¡viva la independencia!"

Catorce mil combatientes respondieron en un eco unísono á la voz del primer magistrado.

Nezrete, el defensor del baluarte de Guadalupe, se avanzó á la tribuna, y con voz terrible y conmovedora, gritó á sus soldados.

—Compañeros de armas, juremos cumplir con los deberes que la República nos impone.

—¡Lo juramos! clamaron á una voz aquellos hombres, reconociendo el acento vibrante de su general.

Ocuparon la tribuna sucesivamente, Hernández y Hernández, Guillermo Prieto y Joaquín Alcalde, á quien el aura popular ha convertido en heraldo del sentimiento patrio.

Una joven poetisa, la Srita. Olivares, mezcló su acento encantador en una bellísima poesía á aquella fiesta cívica y de recuerdos.

La mano de la belleza ha depositado siempre los laureles en la frente del vencedor, y en ese día memorable acudió á engalanar el pecho del soldado con las insignias del reconocimiento nacional.

La Señora Juárez, cuyo corazón converge hacia lo grande y generoso; la Sra. Mata, hija del mártir de Ponoca; y la Sra. Blanco, esposa del ministro de la guerra, iban prendiendo al pecho de los soldados las cruces de las jornadas de las cumbres y de Puebla.

Concluída aquella solemne repartición, el ejército desfiló en columna al son marcial de las músicas militares, ostentando aquellas banderas que más tarde empaparían con sangre en los campos de batalla.

V

A las siete de la noche, la multitud se dirigía al teatro, cuyas localidades quedaron ocupadas.

Guilebaldo Aguilar llevaba á su *costilla*, es decir á Isabel Torre-Mellada, con quien se había desposado hacía tres meses, sin consentimiento del padre, porque el inválido no había ocurrido al correo y en la oficina ignoraban la casa de su habitación.

Guilebaldo está pues, en la *luna de miel* y llevaba á todas las diversiones á su esposa, que estaba satisfecha y contenta de su marido.

La noche del 4 de Diciembre tomó dos lunetas y las ocupó luego que se abrieron las puertas del teatro.

Guilebaldo llevaba una gran levita como de médico extranjero, y un sombrero negro piramidal como un monumento.

Isabel le había dado el lazo de la corbata en figura de paloma con las alas abiertas.

El chaleco tenía lo menos diez docenas de botones, y una cadena de reloj más fuerte que los eslabones de hierro de las de Catedral, que agobiaba verdaderamente al recién casado.

La levita era de color de pasa, el chaleco de terciopelo morado, los pantalones color de albaricoque, y lo más asombroso y difícil para el mancebo, lo irrealizable, lo quimérico, un par de guantes de hilo blanco que su *costilla* le calzó contra el torrente de su voluntad.

Las manos de Guilebaldo parecían dos almohadas de hospital, el mancebo se las veía con frecuencia y no atinaba donde ponerlas.

—Y si me ocurre rascarme, ¿cómo me las gobierno? preguntó á su esposa.

—Yo te rascaré, Guilebaldo: además, que es falta de educación.

—Sí, esposa mía, las pulgas no la conocen ni por el forro.

—¡Calla, hombre!

—Calla.

VI.

Felipe Cuevas y Santiago González se situaron en la galería entre la clase de tropa, mercedes á unos billetes que les regalaron; porque sus fondos estaban en baja.

Hemos dicho que el teatro estaba completamente lleno, y la concurrencia comenzaba á impacientarse porque el Presidente no parecía.

—El Sr. Juárez, dijo González, estará echando brindis en el banquete de Palacio, mientras nosotros nos fastidiamos soberanamente.

—Como que han llevado más vino que á una cantina, se me ha hecho agua la boca, amigo mío, la cena ha estado suculenta como las de Eliogábalo.

Yo quería ir en comisión por si pillaba un asiento, pero el consejo me pidió la tarjeta y tuve que retirarme con cajas desempladas.

—Yo, dijo Felipe Cuevas, concurrí á varios convites en los Estados Unidos, allí sí que tenía asiento en todas las mesas.

—¿Hombre, en todas?

—Sí, en todas las de las fondas.

—¡Ya para esas gracias!

—Pues no es tan sencillo, hay hoteles donde se entra con billete.

—No hablemos de convites porque estoy que me lleva el diablo con el de esta noche.

—Hola, nuestra antigua novia está allí con el bruto de su marido.

—Sí, él es, es Guilebaldo con la cruz del matrimonio, no hace mal papel comiendo caramelos en plena luneta.

—Como viene del rancho.....

—Y no está fea Isabelita.

—Soy de la misma opinión, es un ataque que aplazo para el menguante de la luna de mel.

—Guilebaldo es capaz de hacer una barbaridad.

—Como que las hace todos s días.

—¿Y que á pasado con la Doña Juliana?

—Se enamoró de ese prisionero francés que ha desaparecido.

—Siempre le dió por los efectos extranjeros.

—Y por las desapariciones.

—Pero este Sr. Juárez no parece, los dos palcos del proscenio y del centro están desocupados.

—Se destina á la aristocracia de la democraia.

—Ocupémonos en algo, ¡música! ¡música!

El grito del estudiante tué un respiradero á la pesada atmósfera del fastidio, y de todos los ángulos del teatro salieron mil voces repitiendo.

—¡Música! ¡música!

Los individuos de la orquesta se cruzaron de brazos.

Siguió la barahunda, sin que la guerrilla musical se diese por entendida.

Entonces Santiago González gritó:

—¡Silencio! ¡silencio!

La multitud obedece la primera voz que sobrepone.

Cuando se apaciguó el huracán, el estudiante se levantó y dijo con acento claro:

—Señores, que elijan los músicos, ¿*cojines* ó *sinfonía*?

—¡Cojines! ¡cojines! gritaban de todas partes, y ya muchos de los oficiales habían tomado los de sus asientos para arrojarlos á los desgraciados filarmónicos, cuando éstos comenzaron tranquilamente á templar sus instrumentos.

Un aplauso resonó como un golpe de agua en un tejado.

VII

El inválido Torre-Mellada estaba muy cerca de su hija, sin que se hubiesen apercibido de ello, ni él, ni los felices esposos.

—Cuevas, querido Cuevas, dijo Santiago González, va haber una de los demonios, mira, mira.

—¿Que, hombre? ya, ya sé, aquella vieja que trae el peinetón del tiempo de Iturrigaray.

—No es eso.

—Sí, sí, al regidor que trae el bastón de Netzahualcōyotl.

—Tompoco.

—Pues aquella señora de la cinta de mil colores, á quien parece la han banderillado.

—No me comprendes.

—Entonces será aquel vejete de los cuellotes y el gran frac del primer imperio.

—Cerca le andas.

—Pues será la jamona que pone los ojos en blanco y hace más visajes que un epiléptico.

—Un poco más allá.

—¡Ah!..... ¡ah! ya le ví, Dios santo, aquí se encontró toda esa familia de antropófagos, el inválido, el que te plantó el muletazo el que.....

—Sí, hombre, no hay necesidad de recordar esos lances ya la muchacha pasó á mejor vida y pax Christi.

—Pero ese tigre de la Rircanhia va á cometer un homicidio con Guilebaldo.

—El mancebo es robusto como un roble, y no se dejará manosear los bigotes.

—Ya veremos en el momento de la cirsis.

—Pero estos músicos no acaban de templar!

—¡Cojines! volvió á gritar Santiago González.

Instantáneamente los músicos tocaron los *cangrejos*.

La música de viento del pórtico, dejó oír una marcha, la que anunciaba la llegada de Juárez.

Abrióse la puerta del palco y se dejó ver el presidente, que fué saludado con el mismo entusiasmo que en la mañana.

La orquesta cambió la sonata popular con una obertura horrorosa, con trémolo y *fiorituri* abonimables: pero que aseguraban ser de mucho mérito.

Calló aquella botahola, el director de escena dió el toque de llamada, sonó el pito del apuntador, levantóse el telón y comenzó el espectáculo.

VIII

Iba corrida la mitad del acto primero, cuando en el palco de la derecha del proscenio se dejó ver la bellísima Eloisa Mons y la sin par Amelia Brown.

Las dos jóvenes traían trajes y tocados iguales. Unos vestidos de crespón blanco como grumos de espuma, adornados de encajes triples, llevando en el pelo una camelia roja y en el peinado otra del mismo color.

Las dos jóvenes estaban pálidas y resplandecientes de hermosura.

Levantóse un murmullo de admiración en la luneta y todos los anteojos se dirigían á las dos amigas, que sostuvieron aquella mirada incisiva y simultánea con una serenidad encantadora.

En el fondo del palco se hallaba el señor Mons y el estudiante Mondoñedo.

—¡Demonio! dijo Cuevas, nuestro colega no se da con una piedra en los dientes.

—Ya lo creo, como que las chicas son lindas como unas estrellas.

—Esa es comparación muy vieja.

—Pero exacta; además, que no se trata de un discurso académico.

—Si te pusieran á elegir, querido, á cual de las dos te inclinarías.

—Francamente á las dos; aquí sí era mano de volverse mormón.

—Opino lo mismo, amigo mío, las dos chicas son de *primo cartello*

—La esposa de nuestro presidente sí que es una figura arrogantísima.

—Ya lo creo, y dicen que con su capacidad y virtudes domina á Don Benito.

—Puede ser; pero á Juárez no lo influye ni Dios ni el Diablo.

—El molde en que se vació el alma de D. Benito, lo deben romper, porque dos Juárez son mucho para un siglo.

—Diera Napoleón un ojo de la cara porque cargaran con él todos los diablos.

—Ya lo creo; pero Juárez es capaz de llevarse á él y á todos los demonios.

—Yo creo que los tiene dentro.

—Eso dicen las viejas.

—Mira, mira, en el palco izquierdo del proscenio aparecen unos personajes que me son enteramente desconocidos.

—Deben ser extranjeros.

—De ello tienen facha.

Efectivamente, dos extranjeros tomaron los asientos delanteros del palco, mientras que otro personaje se recataba en el fondo, permaneciendo embozado hasta los ojos.

IX.

Guillermo Prieto, con el cabello alborotado en donde comienzan á aparecer las primeras escarchas de la edad, se presentó á leer una poesía arrebatadora que electrizó á la multitud que llenaba los ámbitos del teatro.

Prieto tiene un timbre magnífico y una entonación admirable que le ha conquistado el primer puesto entre los poetas de América.

Felipe Cuevas rompió su bastón contra la barilla, y Santiago González tenía inflamación de manos y anginas de tanto gritar.

Al concluir Guillermo Prieto su composición, el inválido Torre-Mellada se volvió hecho un tigre hacia Guilebaldo, que en un raptó de entusiasmo lírico, había echado á volar su sombrero, que cayó de caído sobre la calva del brigadier.

Nuestros lectores conocen el carácter *benigno* del padre de Isabel.

Levantóse el viejo con muleta en mano y se dirigió contra el mancebo, cuando fijó sus chispeantes ojos sobre Isabel, y se quedó petrificado como la estatua del comendador.

Isabel se fijó en el brigadier y dijo:

—Mi padre!

El viejo gritó:

—¡Mi hija! ¡este vándalo es el raptor! y descargó sobre Guilebaldo su muleta.

—¡Lo dije! exclamó Felipe Cuevas, ya ese cafre hizo una segunda edición del muletazo con que me regaló la noche del rapto.

Guilebaldo se sintió herido en un homóplato, entonces el mancebo intrépido se lanzó como un búfalo sobre el inválido, jurando arrancarle las orejas á lo que primero le viniera á las manos.

Isabel tiró á Guilebaldo de los inmensos faldones de una levita colosal que había estrenado la noche de su boda, y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Detente! ¡detente! ¡es mi padre!

—¡Suéltame la cola! ¡suéltame la cola! clamaba Guilebaldo, forcejeando como un gallo en los primeros careos.

La autoridad tomó parte en la reyerta, los estudiantes de la galería palmoteaban, las señoras de los palcos se levantaban asustadas, las viejas creían que los franceses atacaban el teatro, y la confusión más grande comenzaba á reinar en todos los departamentos.

La policía sacó en son de guerra á los beligerantes, y el inválido Torre-Mellada, después de una larga explicación, reconoció á su yerno en presencia de las linternas de colores, en medio de la policía y la turba de curiosos y bajo el pórtico del Teatro Principal de Zaragoza.

X.

En los momentos del desorden, el caballero que permanecía embozado en el fondo del palco, se descubrió precisamente cuando Eloisa dirigía sus brújulas hacia ese lado.

Instintivamente la señorita Amalia Brown volvió su mirada al mismo punto, ambas reconocieron al personaje y dieron un grito simultáneo.

El embozado desapareció, y el estudiante Mondoñedo dijo irritado.

—Vamos, que esa gente ha asustado á las señoras, es necesario tranquilizarse, todo ha concluído ya.

Doña Blanca y Eloisa se buscaron con la mirada interrogándose sobre aquella casualidad.

Aquellas dos almas se encontraron de granito, bajo la armadura invulnerable del disimulo.

CAPITULO IV.

DE COMO PUEDEN IR DOS ALMAS SOBRE LA MISMA HUELLA.

I.

Las fiestas de la patria habían terminado, las tropas ya éían entregadas al descanso en sus cuarteles, y uno que otro grupo de transeúntes atravesaba por las calles en son de retirada.

Las lámparas de los balcones y las luminarias se iban extinguendo, recobrando las sombras de la noche, su imperio sobre el campo y la ciudad.

A lo largo de la calle de Mercaderes se paseaban dos oficiales, mientras que un embozado yacía oculto en el dintel del zaguán frente á la casa del señor Mons y totalmente envuelto en la obscuridad.

—Usted siempre triste, mi comandante.

—Es mi carácter, capitán Martínez.

—Cuando nos conocimos estaba usted alegre como una golondrina y no había en su frente esa palidez, puede ser que esté usted malo del hígado.

El comandante no pudo menos que reírse de la ocurrencia.

—El palco en que estaba usted era un cielo, señor comandante, esa extranjerita y Eloisa eran lo más lindo de la concurrencia; cuando las ví entrar me quedé con la boca abierta; si he sido tiburón, me las trago.

—Sí, las dos son bonitas.

—Como dos perlas. Y usted, ¿á quién prefiere de las dos?

—¡Silencio! dijo Mondoñedo, no hable usted así; podrían oírle, y.....

—¿Y qué me importa? lo digo ahora, lo gritaría en medio de la plaza y desde la periguera donde se subió el señor poeta á echar su parangón.

—No sea usted imprudente, capitán.

—Yo creía verlo á usted apasionado cuando menos de las dos, lo hallo tímido como una tórtola, ¡canario! si la mujer de las facciones del señor Mons es su hija: vamos, que me hicieron gracia las dos palomas, vea usted qué casualidad, ellas que ven para el pretorio de enfrente, y que gritan al mis-